

Mijares: La educación por la virtud

Oscar Rodríguez Ortiz

Oscar Rodríguez Iturbe (Caracas, 1944) es crítico y ensayista. Uno de los centros de su obra ha estado en el estudio del ensayo venezolano, tema al que ha dedicado varias monografías. Ha estudiado, así mismo, a algunos de los más importantes poetas venezolanos del siglo XX. Como editor ha estado al frente de la Dirección Literaria de Monte Ávila y de la Dirección Editorial de Biblioteca Ayacucho para la cual dirige actualmente las colecciones *La Expresión Americana* y *Claves de América*. Entre sus libros figuran: *Seis procesos en torno a Salvador Garmendía* (1976), *sobre narradores y héroes* (1981) *Intrusión en el paisaje* (1985) *tres ensayos sobre el ensayo venezolano* (1989), *Placebo* (1990), *Hacer tiempos* (1995), entre numerosas antologías.

Pero es muy esencial saber exactamente lo que debe ser la educación y el método que conviene seguir. En general, hoy no están todos de acuerdo de los objetos que ella debe cubrir. Por el contrario, están lejos de un consenso acerca de lo que los jóvenes deben aprender para alcanzar la virtud y una vida más perfecta. Tampoco se sabe bien a que se debe dar primacía, si a la educación de la inteligencia o a la del corazón. El sistema actual contribuye mucho a hacer difícil el asunto. De la misma manera, no se sabe con certeza si la educación ha de dirigirse exclusivamente a las cosas de utilidad real, si debe hacerse de ella una escuela de virtud, o si ha de comprender asimismo cosas de puro entretenimiento. Estos diferentes sistemas han tenido sus partidarios, y no hay aun nada que sea aceptado universalmente sobre los medios de hacer virtuosa a la juventud.

Dejando de un lado que esta exposición resulta descriptiva y poco apasionada para un asunto que suele ser un avispero entre nosotros, la extensa cita anterior ocasionalmente podría ser atribuida a Simón Rodríguez o a lo mejor al maestro Andrés Bello. Saltando las épocas, la habrían escrito tal vez Cecilio Acosta o Gil Fortoul. Acaso Rómulo Gallegos o Uslar Pietri, en tiempos más cercanos, reclamarían también como suyos algunos de los conceptos. Una parte de la historia cultural-venezolana, unos cien años o más, ha transcurrido en la escritura de un texto como único,

una especie de palimpsesto, cuyo arquetipo es el famoso ensayo epistolar "Cosas sabias y cosas por saberse" del ejemplar varón de San Diego de los Altos. A riesgo de monotonía, el problema no ha sido tanto el que los autores del país deban ser originales al inventar ideas sobre la educación sino de ejecutar en sus análisis una especie de implacable lógica respecto a lo que la humanidad –la del venezolano y el hombre de todas partes– aspira todo el tiempo, simplemente para ser humano. En Venezuela esa lógica se ha expresado por lo regular con llamados de urgencia y se manifiesta recurrentemente por medio de la palabra necesidad. Necesidad, en un aspecto, es estado de privación: la célebre *moral y luces* de Bolívar, o la carencia de valores culturales examinada por Fermín Toro o Gallegos. Pero necesidad quiere decir también, nos recuerda las enciclopedias que dijo Aristóteles, lo que no puede ser de otro modo. Agrega el mismo estagirita, en esos mismos diccionarios, que hay necesidades reales –los pizarrones y cuadernos que el patriota Revenga se trajo del exterior a comienzo de la Independencia, como celebra Mijares, o la computadoras de hoy para el mayor número de alumnos–. Existen también, sigue el filósofo griego, necesidades ideales, que no son ilusiones, fantasías: con que el fin último, trascendente, se usarán cartillas u ordenadores.

Pero aquí no se trata de uno de esos concursos para adivinar quién dijo la frase del comienzo o de ese engendro maléfico los “exámenes objetivos” que consiste en marcar al azar con una equis cualquier nombre en la casilla. Se trata mas bien de un medio retórico, es decir, un malabarismo en el ordenamiento de las palabras, para conseguir ganar la benevolencia de los escuchas mediante el viejo truco de proponer una incógnita. Igualmente el asunto consiste en señalar que los problemas aludidos pertenecen a una tradición, una de línea de continuidad o cadena de solidaridades de la que Augusto Mijares forma parte y dentro de la cual es bueno leer su pensamiento proyectado en la pantalla de las asociaciones y los intercambios.

La frase inicial fue escrita por Aristóteles, como se sabe demasiado tiempo, en el libro quinto de *La política*. La cultura occidental pareciera haber sido también, o lo era hasta hace muy poco tiempo, de cierta manera, el palimpsesto de un texto como único. Que los escritores venezolanos mencionados intercambian ideas entre sí antes o después de las quejas de Cecilio Acosta, sirve para registrar de una vez que entre la generación que constituye la época republicana, luego de la Independencia y de la Gran Colombia, hasta Acosta aproximadamente, transcurre el nexo que permite empalmar luego a los siguientes escritores, que

más o menos entre los años treinta, y cincuenta del siglo XX se dan, de la misma manera, a la complicada tarea de fundar otra vez la república y conciben la educación como el mismo proyecto civilizador que los relaciona, a su manera, todavía con los remotos griegos. Un mismo proceso de civilización, como repetirá Augusto Mijares cada vez que se trate de empresas humanas dedicadas a subir o ascender la escala de la humanidad. A aquellos maestros del siglo XIX y a sus herederos de la primera parte del vigésimo siglo los llamamos, apropiadamente, humanistas. En esa lógica que impone la reflexión sobre el hecho educativo, Mijares deriva el proceso de la Independencia hispanoamericana no tanto de la desvinculación política de la metrópoli, como de la posibilidad de transformar vasallos en ciudadanos, un proyecto social liberal, es decir, convertirlos en seres humanos, dice, gracias a que sus hijos pasaran por las aulas. En otro momento le gusta citar a Ranán: “La finalidad de la humanidad es de producir grandes hombres”. Convendrá después comparar esa cita con el conjunto del pensamiento de Mijares para fijar verdaderamente los alcances de una frase entusiasta que, suelta, resulta exagerada e incluso como contraria a lo que pareciera haber sostenido continuamente.

Estos autores venezolanos de la primera mitad del siglo XX, pueden ser llamados ciertamente

intelectuales en el sentido de sus verificables responsabilidades morales y materiales ante la sociedad y de las respuestas que esa misma sociedad les devuelve. Pero mucho más se los debe denominar escritores en una aceptación que incluso pudiera reducirlos a las puras letras, o como dirá también Mijares, considerarlos unos “líricos”, imprácticos poetas, idealistas desinteresados. De haber sido ellos lo que hoy conocemos como expertos, especialistas, científicos sociales exclusivos, maestrólogos, historiólogos, acaso no los leeríamos todavía. Ni siquiera los podríamos leer por cuestiones de estilo y de metodología, tan efímero y tan a la moda pasajera. Aquellos representan el último momento del espíritu clásico en Venezuela. Una posibilidad temporal entre la diversa que han existido. Clásico no se tomaría aquí como lo digno de imitación sino del modelo acabado de una forma de cultura en la historia. Inventaron para comprendernos, crearon el impreciso pero sugestivo repertorio de figuras para dilucidar lo que habíamos venido siendo: un trabajo de artista sobre una materia tan poco artística como la cruda realidad sociológica de la mala instrucción, de la carencia de escuelas, maestros, revistas.

Mijares saca las cuentas y recuerda las estadísticas alarmantes de los números anteriores a 1936. Pero que nadie se alarme tampoco si se añade inmedia-

tamente que a lo mejor líneas de continuidad de ese humanismo desarrollado en la primera parte del siglo XX se quebrantaron hacia los años sesenta de la centuria y una nueva tradición se impuso: la ahora famosa tradición de la ruptura, que es otro lío, para otro lugar, si bien es uno de los filtros sobrepuestos sobre la lente que proyecta estos nombres venezolanos en la pantalla del desenvolvimiento de las ideas. Detrás de ellos, en sucesión cronológica exacta, vendrá el mito de la modernidad, entre otras cosas opuesto al mito del espiritualismo clásico. A la hora de juzgar la actualidad venezolana exasperadamente modernizada mas o menos desde la quinta década del siglo, Mijares no será una excepción respecto a sus colegas intelectuales: lo conmueve el mal uso de la riqueza súbita, el gran desarrollo material, la norteamericanización de los gustos que impone el cine en el cortejo amoroso, por ejemplo. Se incomoda ante la novelística de ese momento hecha sobre la estética de lo feo y lo malo. En todo este asunto, apartando naturales consideraciones de gusto propio y de limitaciones de un gusto impuesto a su sensibilidad por su educación, su medio, su tiempo, lo más interesante es que se trata de la percepción que tiene el humanista del fin de una época y de un modelo. Los teóricos lo estaban formulando también, simultáneamente: ya no es posible el héroe, ahora se impone, dice por ejemplo George Luckács, en

el campo literario, al hombre problemático, descentrado. Estos problemas del pensamiento y de la literatura, de las artes feas y los combates de las doctrinas se refieren sin embargo a la educación. Esto es, otra vez: el modelo o tipo de humano por el que se debe optar mediante la educación. Por supuesto que el problema no es elegir tales o cuales materias para el *pensum* o de efímeras técnicas de aprendizaje según las temporadas que inventan los teóricos de la pedagogía de tanto en tanto. Tampoco, advierte el autor, todas estas cosas no son asuntos exclusivos de los profesionales de la educación. Él, que era uno de éstos, se comporta como humanista, es decir, el humano general.

De la evidente enorme actualidad de lo dicho por Aristóteles se deberían subrayar tres conceptos por lo menos. Dice que el sistema actual, el de su tiempo tan griego y apolíneo, hace que las cosas de la educación se confundan. Que consuelo para nosotros hoy: entre los griegos había confusiones y dudas. Que hay diferentes escuelas, partidos o incluso bandos en la manera de entender la educación, de privilegiar corazón o cerebro, lo práctico o lo intelectual, lo lúdico o lo académico, y en los varios dilemas de la tendencia dirigida a enseñar la virtud y la vida más perfecta a los jóvenes y en consecuencia a los pueblos enteros. Para sacar punta, seguramente se debe especular igualmente en torno a la

palabra virtud tantas veces mencionada y que fue siempre mucho más que una condición matrimonial requerida a las doncellas de la antigüedad cuando estaban en edad de merecer.

Hasta la más desatenta lectura o una mínima información biográfica vincularían sin embargo el nombre de Mijares a esa sólida tradición venezolana de quienes se desvivieron por la educación y pensaron que era el medio de resolver el resto de los problemas. Incluso los problemas como insolubles de un país, condenado por otra parte a la peculiar idiosincrasia de vivir maldiciéndose a sí mismo, desesperanzado de su propia condición humana, tema capital en Mijares: que la mayoría nos dediquemos a considerar que sólo lo peor de la realidad universal es característico de la realidad venezolana (...).

En la pantalla de las asociaciones, Mijares pertenecería, de acuerdo con la clasificación apuntada al principio, a quienes entienden, ante todo, sobre todo, primordialmente, la educación como escuela de virtud.

Sin intentar forzar las cosas, manteniéndonos en el plano de las analogías o las metáforas, las suaves licencias literarias y no los enredos de las filosofías. Acaso Mijares parezca, en una primera fácil comparación, un aristotélico. Si tal doctrina se entiende especialmente como la célebre disposición que busca la "virtud en el medio". Aristotelismo analógico, indirecto, esto es, del ambiente, de la tradición, de un aspecto de la cultura ilustrada de su país. Cuantas veces reprochará a Guzmán Blanco que no haya sido moderado, equilibrado. Cuantas otras elogian a Bolívar, precisamente por haberse

sido moderado, equilibrado. Cuantas otras elogian a Bolívar, precisamente por haberse refrenado, así como en muchas oportunidades Páez aprendió a hacerlo. La moderación se aprende, demuestra hasta un peón convertido en héroe, con todos los derechos a la arbitrariedad, se sofrena. La virtud está en el medio repetirá cada vez que analice los casos de nuestros ilustres. Casos a la manera de los *ejempla* que enseñan a un hombre a ser hombre por el estudio de la conducta de otros anteriores, encumbrados y meritorios, es decir, virtuosos. De Francisco de Miranda celebra el que se haya “educado a sí mismo en un ideal de inflexible dominio propios” y que el archivo de sus documentos sean un apasionante itinerario hacia la depuración íntima. Dirá que la paciencia de Odiseo es una virtud superior, que hay que sentirse humillado cuando uno se impacienta, que el hombre grecorromano superior ve la violencia como un signo de debilidad. Elige muy bien los ejemplos, elude la famosa cólera de Aquiles o las crueldades de Medea.

Desde luego que los arrebatos que rompen el equilibrio son presentados como signos de puerilidad, de infantilismo. Recuerda las pataletas de la egolatría infantil de Guzmán Blanco. Y no es que piense que los niños sean tontos: sorprende leer que hacia los años cuarenta aún se debe recriminar a muchos

padres que hacen alarde de su superioridad frente a los menores y los maltratan moralmente, como recrimina a los gobernantes el que atropellen al ciudadano indefenso. La carencia de disciplina espiritual, escribirá también, se ha ido debilitando en la medida en que ha habido una deformación paulatina del modelo clásico. Sostendrá entonces:

Solicitado el hombre de nuestros días por una exterioridad siempre cambiante y por una posibilidad de acción y de placer casi ilimitada, su deseo se encuentra continuamente aguijoneado por esos contrastes violentos y su sensibilidad muy a menudo no llega a sobrepasar la de los niños, dispersa como la de éstos entre menudas satisfacciones, todas inmediatas y de carácter físico.

De esa virtud como aristotélica, de esa disposición connatural hacia el bien, lo que hace que la cosa sea lo que es y el humano, humano el pensamiento de Mijares adquiriera también un toque de socratismo dada la importancia que brinda el descubrimiento de sí mismo, escape de la fugacidad. Su repertorio suele estar tomado de la psicología, disciplina con la que quiere ayudar a la pedagogía. Recuerda así, por una parte, que si a los niños díscolos, torcidos y desobedientes se insiste en calificarlos sólo de esta manera, crecerán torcidos y lo mismo pasa con los países y en Venezuela ha terminado por ocurrir. Sin embargo cree que hasta un huérfano temprano como Simón Bolívar pudo ser un hombre equilibrado gracias a una infancia feliz que,

dice, es la explicación de su posterior vigor sentimental de adulto. Con esto quiere probar que no es necesario ser un genio de niño para ser alguien grande. Se opondría incluso a esa fábbrica de grandezas que encontró en la frase de Renán. Y entonces toda esta cuestión de tamaño y calibres, tallas, anchuras, de heroísmo y grandezas que pertenecerían propiamente a alguna de las líneas de interpretación historiográfica de nuestro pasado, se transforman en reflexión acerca del tipo de hombre, de ciudadano que se desea modelar. A este complicado proceso los griegos de la antigüedad lo llamaron *paideia*, conformación de un ideal. Platón decía, como nos vuelve a enseñar las enciclopedias, que era más importante atender a la conducta del niño que aprenda las letras o la cítara. Afirmaba igualmente que se ha de educar mediante alabanzas y encomios a los hombres virtuosos habidos en la sociedad a fin de procurar la emulación. “La sociedad toda es educadora: todo tiene como fin la elevación del alma”. Mijares hablará constantemente de “ideas superiores”. De acuerdo con lo que dice el famoso Jaeger en su libro *Paideia*, Mijares vendría a resultar, de pronto, además, para completar, una especie de platónico.

Pero estas agradables analogías con la cultura griega impresionan más si se coloca dentro de su marco histórico: son formuladas en la Venezuela de los

años treinta y cuarenta del siglo XX, uno de sus momentos doctrinales más felices, pese a sus conmociones políticas, su partidismo exacerbado, la sucesión de golpes de Estado de uno u otro signo. Ni Atenas ni Suiza, aunque tampoco la ínsula Barataria. Afirma también el famoso investigador Jaeger, que Grecia vivió una etapa prehistórica, su tiempo heroico, su momento épico. Después conoció el momento cívico, tiempo político en el mejor sentido. Acaso, estos años venezolanos de los treinta y los cuarenta sean imaginariamente el equivalente de esa época, parecido otra vez al tiempo de quienes cien años antes estuvieron fundando la República. Lo alarmante resulta que aún en los tiempos contemporáneos estuviéremos fundando repúblicas y aceptemos como normal estarlo haciendo regularmente. No es casualidad que Mijares, Picón Salas, Díaz Sánchez, Enrique Bernardo Nuñez, Briceño-Iragorry, Uslar Pietri, las principales seis estrellas intelectuales de esa parte del siglo XX, se ocupan como de un asunto vitalísimo de Andrés Bello, Toro, Juan Vicente González, Baralt, Cecilio Acosta. A la tradición de historia militar uniformada de los héroes quieren oponer, y lo logran, pese a todo, la distinta tradiciones cívica y civilista de unos intelectuales.

Esta *paideia* del hombre común venezolano, el que no es héroe, la expresa Mijares mediante la descripción de un cúmulo de

virtudes en que se dibuja ese humano ideal que su época intentó construir. Para que fuera alguien visible, los grandes escritores del momento eligen como modelo a la clase media en tanto ideal. Es la pequeña burguesía, piensa o fantasean, que en Europa –su punto de referencia ha sido económicamente fuerte y culturalmente homogéneo. Dirá Mijares, “sirve de idea de ascenso para el pueblo y de apoyo o valladar para los gobiernos”, ofrece a las masas ejemplo y representa y defiende sus intereses frente a los gobiernos. Desde luego es una minoría o elite frente a la masa, minoría que se pretende extender a la mayor parte de la sociedad en todos los programas políticos, doctrinales e ideológicos de estos interesantes años de Venezuela. Los métodos para conseguir el propósito pueden que choquen, pero todos vienen a resultar semejantes por lo que todos los que participan en el proyecto acaban por resultar también responsables del modelo que impusieron a la sociedad y que ésta asimiló como plan de vida. Ya se ve que se trata de un curioso modelo de igualación social “por arriba”, formulado, justamente, cuando se imponía otro ideario de clase media.

Ya Pedro Grases destacó el léxico de Mijares. Compiló como síntomas estadísticos de su pensamiento 141 vocablos y frases. Convendría ahora repetir, mediante el procedimiento poético de la enumeración caótica, una

lista más breve pero indispensable para dibujar sus concepciones. Elabora, por aquí y por allá, muchas veces repitiéndose, un extenso diccionario de la virtud, materia sobre la cual trata lo que entiende por educación. Anotara pues: benevolencia, amor, refinamiento, justicia, espiritualidad, bondad, compasión, recíproco respeto, dignidad, recato, cortesía, constancia, ánimo sufrido, ambición de lo grande, vuelo intelectual, capacidad de organización, responsabilidad, previsión, iniciativa, entusiasmo, laboriosidad, desinterés, valor y perseverancia, vuelo imaginativo, tenacidad en los propósitos, pensamiento sistemático, disciplina de escuchar y ceder, deliberar y rectificar.” Desde luego que son virtudes indispensables como para que la vida de las ciudades o repúblicas funcione a cabalidad. Su carencia explica a lo mejor el caos de urbes como Los Angeles o Caracas. Pero asimismo, por una parte, no se ofrecen como virtudes morales en abstracto, sino como virtudes históricas e incluso idiosincráticas tales como la honradez que tanto ha valorado el pueblo a lo largo de su desenvolvimiento. Pero por otra parte, siendo tantas en una, tan exigentes, parecen virtudes ajenas a lo que hoy sabemos es la clase media o cualquier clase social: virtudes como heroicas, extremas, a ser practicadas por santos, seres perfectos, dechados de virtud, justamente. A Mijares acaso no escapa el contraste que su léxico

produciría en los lectores toda vez que solía confrontar la chata realidad de lo que es con lo que él decía era la realidad de lo que debe ser.

Desde luego, no da por innatas todas esas virtudes, las reserva a la educación, señala que se aprenden en la escuela pero asimismo por tradición oral, en roce familiar, mediante esos los

largos hábitos inventados por la civilización para ser civilizada. Austeras costumbres republicanas dirán además el vocabulario de estos tiempos clásicos de una cultura en una época. Lo más complicado para la nuestra es que Mijares las presente no sólo como virtudes que se adquieren, sino virtudes que se hacen, además, es

la medida en que se practican personalmente.

Se trata, de esos temas llamados “morales” de más enredada comprensión de estos días que, tal vez, cuando se cierre el círculo de su mitología de modernidad, esperemos que no resulten para la historia del tiempo, tiempos peores a todos los de otros tiempos anteriores.